

El Cohete

Ray Bradbury

Muchas noches, Fiorello Bodoni se despertaba para escuchar los cohetes que pasaban suspirando por el cielo oscuro.

Mientras su buena esposa estaba soñando, se levantaba y salía de puntillas al aire de la noche. Durante unos momentos no sentiría el olor a comida vieja de la casita junto al río. Después de permanecer un rato en silencio, dejaría que su corazón volase hacia el espacio, siguiendo a los cohetes.

Ahora, esta noche, estaba medio desnudo en la oscuridad, observando los surtidores de fuego que murmuraban en el aire. ¡Los cohetes en sus largos y veloces viajes a Marte, a Saturno, a Venus!

—Bien, bien, Bodoni.

Bodoni se sobresaltó.

Sobre un cajón, junto al río silencioso, estaba sentado un anciano que también contemplaba los cohetes en la medianoche tranquila.

—¡Oh, eres tú, Bramante!

—¿Sales todas las noches, Bodoni?

—Sólo a tomar aire.

—¿Sí? Yo prefiero mirar los cohetes —dijo el viejo Bramante—. Yo era casi un niño cuando empezaron a volar. Hace ochenta años. Y todavía no he estado en ninguno.

—Yo haré un viaje uno de estos días —dijo Bodoni.

—No seas tonto —dijo Bramante—. Nunca lo harás. Este mundo es para los ricos. —Sacudió la cabeza gris, recordando—. Cuando yo era joven, alguien escribió un anuncio con letras de fuego: «¡EL MUNDO DEL FUTURO. Ciencia, Confort y Novedades para todos!». ¡Bah! Ochenta años. El futuro ha llegado. ¿Volamos en cohetes? No. Vivimos en casuchas como nuestros padres.

—Acaso mis hijos... —dijo Bodoni.

—¡No, ni los hijos de tus hijos! —gritó el anciano—. ¡Sólo los ricos tienen sueños y cohetes!

Bodoni vaciló.

—Bramante, tengo ahorrados tres mil dólares. Me costó seis años reunirlos. Los destinaba a mi taller, para invertirlos en maquinaria. Pero, desde hace un mes, todas las noches me despierto en la cama y oigo los cohetes. Pienso en ellos. Y esta noche me he decidido. ¡Uno de nosotros irá a Marte!

Los ojos de Bodoni eran brillantes y oscuros.

—Idiota —estalló Bramante—. ¿A quién elegirás? ¿Quién irá? Si vas tú, tu mujer te aborrecerá, porque en el espacio habrás estado un poco más cerca de Dios. Cada vez que le cuentes tu asombroso viaje, ¿no se sentirá roída por la amargura?

—No, no.

—¡Sí! ¿Y tus hijos? ¿No se pasarán la vida pensando en su padre, que voló hasta Marte mientras ellos se quedaban aquí? ¡Qué obsesión insensata impondrás a tus hijos! Pensarán en el cohete toda su vida. No dormirán por la noche. Enfermarán de deseo. Lo mismo que tú ahora. Desearán la muerte si no pueden conseguir ese viaje. No les despiertes ese sueño, te lo aconsejo. Déjalos vivir contentos en su pobreza. Haz que miren sus manos y a tu chatarra, no hacia las estrellas.

—Pero...

—Supón que vaya tu mujer. ¿Cómo te sentirás sabiendo que ella ha *visto* y tú no? No podrás ni mirarla. Desearás arrojarla al río. No, Bodoni, cómprate una nueva excavadora, la necesitas, y aparta esos sueños, hazlos pedazos.

El anciano se calmó, con los ojos clavados en el río, en el cual se ahogaban imágenes de cohetes cayendo en llamas desde el cielo.

—Buenas noches —dijo Bodoni.

—Que duermas bien —dijo el otro.

Cuando la tostada saltó de su caja de plata, Bodoni casi dio un grito. No había dormido en toda la noche dando vueltas y vueltas. Entre sus nerviosos niños, al lado de su voluminosa mujer, Bodoni había reflexionado. Bramante tenía razón. Era mejor invertir el dinero. ¿Para qué guardarlo si sólo un miembro de la familia podría viajar en el cohete? Los otros se sentirían sumidos en el desengaño.

—Fiorello, come tu tostada —dijo María, su mujer.

—Tengo la garganta irritada —dijo Bodoni.

Los niños entraron corriendo. Los tres varones luchaban por la posesión de un cohete de juguete; las dos niñas traían unas muñecas que representaban a los habitantes de Marte, Venus y Neptuno: maniqués verdes con tres ojos amarillos y manos de seis dedos.

—¡Yo vi el cohete de Venus! —gritó Paolo.

—Despegó haciendo siiiii... —silbó Antonello.

—¡Niños! —gritó Bodoni, tapándose los oídos.

Los niños lo miraron. Bodoni rara vez gritaba.

El hombre se levantó.

—Escuchad todos —dijo—. Tengo dinero suficiente para que uno de vosotros vaya en el cohete a Marte.

Todos se pusieron a gritar.

—¿Comprendéis? —preguntó—. Sólo *uno* de nosotros. ¿Quién?

—¡Yo, yo, yo! —gritaron los niños.

—Tú —dijo María.

—Tú —dijo Bodoni.

Todos callaron.

Los niños pensaron un poco.

—Que vaya Lorenzo..., es el mayor.

—Que vaya Miriam..., es la más chica.

—Piensa en todo lo que verás —dijo María a Bodoni. Pero sus ojos tenían una extraña expresión. Su voz temblaba—. Los meteoros, como peces. El Universo. La Luna. Debería ir alguien que luego pueda contarnos todo eso. Siempre tuviste facilidad de palabra.

—Tonterías. Tú también la tienes —objetó Bodoni.

Todos temblaban.

—Venid aquí —dijo Bodoni tristemente. De una escoba arrancó varias pajitas de distinta longitud—. La más corta, gana. —Mantuvo el puño cerrado—. Escoge.

Solemnemente, todos sacaron su pajita.

—Larga.

—Larga.

Otro:

—Larga.

Los niños habían terminado. La habitación estaba en silencio.

Quedaban dos pajitas. Bodoni sintió que el corazón le dolía en el pecho.

—Vamos, María —suspiró.

María tiró de la pajita.

—Corta —dijo.

—Ah —suspiró Lorenzo, mitad feliz, mitad triste—. Mamá va a Marte.

Bodoni trató de sonreír.

—Felicidades. Hoy mismo te compraré el pasaje.

—Espera, Fiorello...

—Puedes salir la semana próxima —murmuró él.

María miró los ojos tristes de los niños y las sonrisas bajo las narices largas y rectas. Devolvió la pajita lentamente a su marido.

—No puedo ir a Marte.

—¿Por qué no?

—Pronto llegará otro niño.

—¿Qué?

Ella no lo miraba.

—No me conviene viajar en este estado.

Bodoni la tomó por el codo.

—¿Es verdad eso?

—Probad suerte otra vez.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Bodoni, incrédulo.

—Se me olvidó.

—María, María... —suspiró, dándole palmaditas en la cara. Se volvió a los niños—: Empecemos de nuevo.

Paolo sacó inmediatamente la pajita corta.

—¡Voy a Marte! —gritó, dando saltos como un salvaje—. ¡Gracias, papá!

Los otros niños dieron un paso atrás.

—Eso es magnífico, Paolo.

Paolo dejó de sonreír y examinó detenidamente a sus padres, hermanos y hermanas.

—¿Puedo ir, no es cierto? —preguntó con incertidumbre.

—Sí.

—¿Y me seguiréis *queriendo* cuando regrese?

—Naturalmente.

Paolo estudió con mano temblorosa la preciosa pajita, la dejó caer meneando la cabeza.

—Había olvidado que comienza la escuela. No puedo ir. Sacad otra vez.

Pero ninguno quiso hacerlo. Una gran tristeza los envolvía.

—Ninguno de nosotros irá —dijo Lorenzo.

—Será lo mejor —dijo María.

—Bramante tenía razón —concluyó Bodoni.

Después de desayunar, Fiorello Bodoni se puso a trabajar en el depósito de chatarra, cortando el metal, fundiéndolo, vaciándolo en lingotes útiles. Se rompían sus herramientas. La competencia lo estaba arrastrando hacia la desgraciada orilla de la pobreza desde hacía veinte años. Aquella era una mala mañana.

—Por la tarde entró un hombre en el depósito y llamó a Bodoni, que trabajaba en su máquina de trocear.

—Eh, Bodoni, tengo metal para ti.

—¿Qué es, señor Matthews? —preguntó Bodoni con indiferencia.

—Un cohete. ¿Qué hay de malo en ello? ¿No lo quieres?

—¡Sí, sí! —Tomó al hombre por el brazo y se detuvo perplejo.

—Claro que es sólo una maqueta —dijo Matthews—. Ya sabes. Cuando proyectan un cohete, consytruyen primero un modelo de aluminio, a tamaño natural. Puedes ganar algo fundiéndolo. Te lo dejaré por dos mil...

Bodoni dejó caer la mano.

—No tengo dinero.

—Lo siento. Pensé que podría ayudarte. La última vez me dijiste que todos los otros se llevaban la chatarra. Creí que yo te hacía un favor. Bueno...

—Necesito nuevas herramientas. He ahorrado para eso.

—Comprendo.

—Si compro el cohete, no podré fundirlo. Mi horno de aluminio se vino abajo la semana pasada.

—Ya lo sé.

—Posiblemente no podré utilizar el cohete si se lo compro a usted.

—Lo comprendo.

Bodoni parpadeó y cerró los ojos. Los abrió después y miró al señor Matthews.

—Pero soy un tonto. Sacaré mi dinero del banco y le compraré el cohete.

—Pero si no puedes fundirlo ahora...

—Mándemelo —dijo Bodoni.

—Conforme, si tu lo dices... ¿Esta noche?

—Esta noche —dijo Bodoni—, estaría muy bien. Sí, me gustaría tener el cohete esta noche.

Era noche de Luna. El cohete se erguía blanco y enorme en el depósito. Tenía la blancura de la Luna y la luz de las estrellas: Bodoni lo miraba con amor. Sentía deseos de abrazarlo, de oprimir la cara contra el metal y contarle todos los secretos de su corazón.

Lo miraba fijamente.

—Eres enteramente mío —dijo—. Aunque nunca te muevas, ni escupas fuego, y te quedes ahí cincuenta años enmoheciéndote, eres mío.

El cohete tenía aroma de tiempo y de distancias. Caminar por dentro del cohete era como hacerlo por el interior de un reloj. Estaba acabado con una precisión suiza. Podría uno llevarlo como un dije en el bolsillo del chaleco. «Hasta podría dormir aquí esta noche», murmuró el exaltado Bodoni.

Se sentó en el asiento del piloto.

Movió una palanca.

Bodoni zumbó con la boca cerrada, entornando los ojos.

El zumbido se elevó de tono, se hizo más intenso, más elevado, más salvaje, más alegre, estremeciendo a Bodoni de pies a cabeza, inclinándolo hacia delante y tirando de él y de la nave en un crujiente silencio, en una especie de grito metálico, mientras sus manos volaban entre los controles y sus ojos cerrados le latían, y el sonido crecía y crecía hasta ser un fuego, un impulso, una fuerza tal que trataba de partirlo en dos. Lanzó un grito sofocado. Una vez y otra vez zumbaba, sin parar, porque no podía detenerse; sólo podía seguir, seguir, y él iba con los ojos cerrados y el corazón furioso.

—¡Despegamos! —gritó Bodoni con euforia—. *¡La enorme sacudida! ¡El trueno! ¡La Luna!* —gritó con los ojos cerrados—. *¡Los meteoros! ¡La silenciosa precipitación en una luz volcánica!* Marte. ¡Oh, Dios! ¡Marte! ¡Marte!

Cayó hacia atrás, exhausto y jadeante. Las manos temblorosas abandonaron los controles, y la cabeza le cayó hacia atrás, con violencia. Se quedó sentado durante mucho tiempo, respirando anhelante, hasta que el corazón latió con más lentitud.

Lenta, muy lentamente, abrió los ojos.

El depósito de chatarra estaba todavía allí.

Bodoni se movió. Miró durante un minuto las pilas de metal y sus ojos no se separaban de ellas. Después, incorporándose de un salto, golpeó las palancas.

—¡Despega ya, maldito!

La nave guardó silencio.

—¡Ya te enseñaré! —gritó Bodoni.

Salió afuera, al aire nocturno, tambaleándose, puso en marcha el potente motor de su terrible máquina demoledora y avanzó sobre el cohete. Manióbró. Los pesados martillos se alzaron hacia el cielo iluminado por la Luna. Preparó sus temblorosas manos para aplastar, para hacer pedazos ese sueño insolentemente falso, esa cosa estúpida que le había costado todo su dinero, que no se movería, que no quería obedecerle.

Pero sus manos no se movieron.

El cohete de plata se erguía a la luz de la Luna. Y más allá del cohete se veían las luces amarillentas de su casa, en la otra manzana, luciendo afectuosamente. Bodoni escuchó la radio familiar, donde sonaba alguna música distante. Se quedó sentado durante media hora, pensando en el cohete y en las luces de la casa, y sus ojos se le achicaron y se le abrieron. Bajó de la máquina y echó a andar, y mientras caminaba comenzó a reír, y cuando llegó a la puerta trasera tomó aliento y gritó:

—¡María, María, prepara las maletas! ¡Nos vamos a Marte!

—¡Oh!

—¡Ah!

—¡No puedo *creerlo!*

—Lo crearás, lo crearás.

Los niños se balanceaban en el patio atravesado por el viento, bajo el deslumbrante cohete, sin atreverse a tocarlo. En seguida se echaron a gritar, llorando de alegría.

María observó a su marido.

—¿Qué has hecho? —preguntó—. ¿Has gastado nuestro dinero en esto? Nunca volará.

—Volará —dijo Bodoni mirando el cohete.

—Estas naves cuestan millones. ¿Es que los tienes?

—Volará —repitió Bodoni—. Ahora regresen todos a casa. Tengo que telefonar, hacer algunas cosas. ¡Salimos mañana! No se lo digáis a nadie, ¿comprendéis? Es un secreto.

Los niños, aturcidos, se alejaron del cohete. Bodoni vio sus rostros menudos y febriles en las ventanas de la casa, a lo lejos.

María no se había movido.

—Nos arruinaste —se lamentó—. Nuestro dinero gastado en... esa cosa. Cuando necesitabas tanto un nuevo equipo.

—Ya verás —dijo Bodoni.

Sin pronunciar una palabra, María dio media vuelta y se fue.

—Que Dios me ayude —suspiró su marido, y se puso a trabajar.

Hacia la media noche llegaron unos camiones, dejaron su carga, y Bodoni, sonriendo, agotó su cuenta del banco. Con sopletes de soldar y tiras metálicas asaltó el cohete, añadió, suprimió, pronunció sobre él artificios de fuego y secretos insultos. Metió en el vacío cuarto de las máquinas viejos motores de automóvil. Luego cerró herméticamente el cuarto, para que nadie pudiera ver su trabajo.

Al amanecer entró en la cocina.

—María —dijo—. Estoy listo para desayunar.

Ella no quiso hablarle.

A la caída de la tarde llamó a los niños.

—¡Estamos dispuestos! ¡Vamos!

La casa estaba en silencio.

—Los encerré en la despensa —dijo María.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bodoni.

—Te matarás en ese cohete —dijo ella—. ¿Qué clase de cohete puedes comprar con dos mil dólares? —agregó—. ¡Uno que no sirve!

—Escúchame, María.

—Estallará contigo dentro. Ni siquiera eres piloto.

—No importa, puedo hacerlo volar. Lo arreglé muy bien.

—Te has vuelto loco —dijo María

—¿Dónde está la llave de la despensa?

—La tengo aquí.

Bodoni extendió la mano.

—Dámela.

María se la dio.

—Los matarás.

—No, no.

—Sí, los matarás. Lo presiento.

Quedó en pie delante de ella.

—¿No vendrás conmigo?

—Me quedo aquí.

—Ya comprenderás; lo vas a ver —dijo Bodoni y sonrió. Abrió la puerta de la despensa—. Vamos, chicos. Sigán a vuestro padre.

—¡Adiós, adiós, mamá!

María se quedó asomada a la ventana de la cocina, mirándolos salir, muy erguida y silenciosa.

Ante la puerta del cohete, Bodoni dijo:

—Niños, estaremos fuera una semana. Deben regresar para ir a la escuela, y yo a mi trabajo. —Fue cogiendo a cada uno de la mano—. Escuchen. Este cohete es muy viejo y no volverá a volar. Éste será nuestro único viaje. Abran bien los ojos.

—Sí, papá.

—Escuchen con atención: Perciban los olores de un cohete. *Sientan. Recuerden.* Así, al volver podrán hablar de esta experiencia todo el resto de vuestras vidas.

—Sí, papá.

La nave estaba quieta y en silencio, como un reloj parado. La cámara de aire se cerró susurrando tras ellos. Bodoni los envolvió a todos como a menudas momias, en las hamacas de caucho.

—¿Listos?

—Listos —contestaron los niños.

—Allá vamos.

Bodoni movió diez conmutadores. El cohete tronó y dio un salto. Los niños chillaron y bailaron en sus hamacas.

—¡Aquí viene la Luna!

La Luna pasó como un sueño. Los meteoros se deshicieron como fuegos artificiales. El tiempo se deslizó como una serpentina de gas. Los niños alborotaban. Horas después, liberados de sus hamacas, espionaron por las ventanillas. ¡Allí está la Tierra! ¡Allí está Marte!

El cohete despedía rosados pétalos de fuego, mientras las esferas horarias giraban en forma vertiginosa. Los ojos de los niños se cerraban. Al fin, se durmieron, como polillas ebrias de luz en los capullos de sus hamacas de goma.

—Bueno —murmuró Bodoni para sí.

Salió de puntillas desde la cabina de control, y se detuvo largo rato, lleno de temor, ante la puerta de la cámara de aire.

Apretó un botón. La puerta se abrió de par en par. Bodoni salió por ella. ¿Hacia el vacío? ¿Hacia los mares de tinta donde flotaban los gases ardientes? ¿Hacia los años y kilómetros y las infinitas dimensiones?

No, Bodoni sonrió.

Alrededor del tembloroso cohete se extendía el depósito de chatarra.

Oxidada, idéntica, allí estaba la puerta del patio con su cadena y su candado. Allí estaban la casita en silencio junto al agua, la iluminada ventana de la cocina, y el río que discurría hacia el mismo mar. Y en el centro del patio, elaborando un mágico ensueño, reposaba el estremecido y ronroneante cohete. Se sacudía, rugía, agitando a los niños, prisioneros como moscas en una tela de araña.

María lo miraba desde la ventana de la cocina.

Bodoni la saludó con un gesto apropiado y sonrió.

No pudo ver si ella le correspondía. Un leve saludo, quizás. Una débil sonrisa.

Salía el Sol.

Bodoni entró apresuradamente en el cohete. Silencio. Todos dormidos. Bodoni suspiró aliviado. Se ató a una hamaca y cerró los ojos. Rezó en silencio para sí. Oh, no permitas que nada destruya esta ilusión durante los próximos seis días. Haz que todo el espacio venga y vaya, y que el rojo Marte se alce sobre el cohete, y también las lunas de Marte, e impide que fallen las películas en colores. Haz que aparezcan las tres dimensiones, haz que nada se estropee en los espejos. Haz que el tiempo pase sin un error.

Se despertó.

El rojo Marte flotaba cerca del cohete.

—¡Papá!

Los niños trataban de salir de las hamacas.

Bodoni miró y vio al rojo Marte. Estaba bien, no había ningún fallo. Bodoni se sintió muy feliz.

A la puesta de Sol del séptimo día, el cohete se detuvo con un estremecimiento.

—Estamos en casa —dijo Bodoni.

Salieron del cohete y cruzaron el patio. La sangre les cantaba en las venas. Les brillaban las caras.

—He preparado jamón y huevos para todos —dijo María desde la puerta de la cocina.

—¡Mamá, mamá, deberías haber ido a ver a Marte, y los meteoros, y todo!

—Sí —dijo María.

A la hora de acostarse, los niños se reunieron alrededor de Bodoni.

—Queremos darte las gracias, papá.

—No es necesario.

—Lo recordaremos siempre, papá. Nunca lo olvidaremos.

Aquella noche, muy tarde ya, Bodoni abrió los ojos. Sintió que su mujer se hallaba a su lado, contemplándolo. Durante un largo rato María no se movió y al fin, de pronto, lo besó en las mejillas y en la frente.

—¿Qué es esto? —preguntó Bodoni.

—Eres el mejor padre del mundo —susurró María.

—¿Por qué?

—Ahora veo —dijo ella—. Ahora comprendo.

María se echó de espaldas y cerró los ojos, tomando la mano de Bodoni.

—¿Fue un viaje hermoso? —preguntó.

—Sí.

—Quizás —dijo ella—, quizás alguna noche, puedas llevarme a hacer un viaje, un viaje corto, ¿cierto?

—Un viaje corto, quizás.

—Gracias —dijo María—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Fiorello Bodoni.